

GEDEON ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA



GEDEÓN

DIPUTADO Á CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CÉNTIMOS el número
ADMINISTRACIÓN
Costanilla de los Angeles, 1

Madrid, trimestre	1,50 pesetas
Año	6
Provincias y Portugal, trimestre	2
Año	8
Número atrasado	0,25
25 ejemplares	1,50

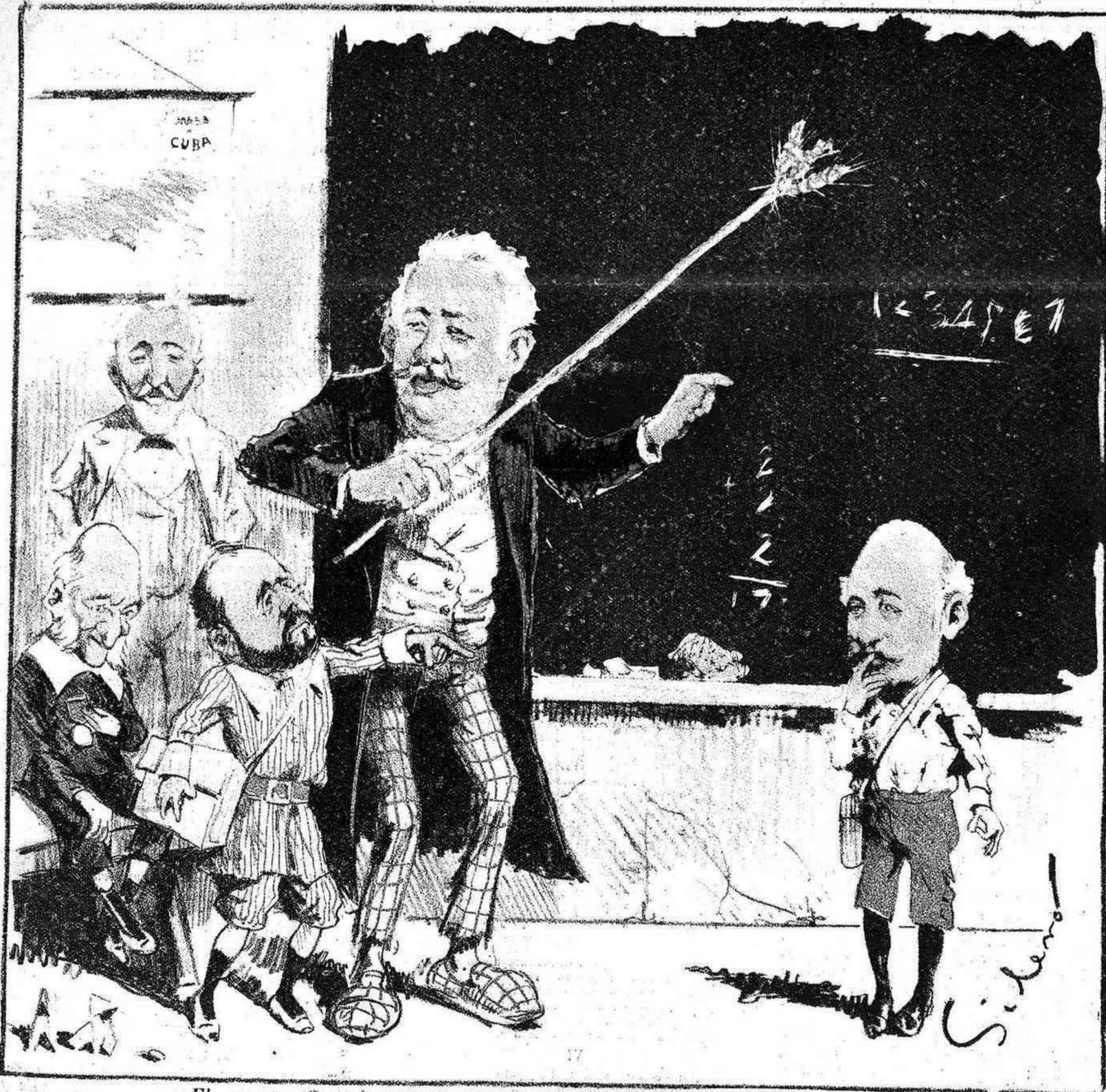


AÑO II.

Madrid 6 de Agosto de 1896.

NÚM. 39

CUENTO VIEJO



Liti. Jostes del Valle.

El maestro Germán.—Vamos á ver, Juanito: dos de tabacos, dos de azogues y dos de cartillas, ¿cuánto suman?

Juanito Reverter.—Ciento veintisiete.

El maestro.—Ea, niño, no se puede hacer carrera de ti. No conoces los rudimentos de la Aritmética.

Tomasico.—A quien no conoce usted es á Juanito.

CARTAS DE GEDEÓN

Ávila, 31 Julio 1896.

No fué designio de mi voluntad, Calinez del alma; como para todos los grandes sucesos de la Historia, el dedo menique de la Providencia marcando fué la ruta de los acontecimientos. Yo á Santa Agueda iba y en Ávila estoy; á bañarme marchaba y en seco me veo; por Cánovas pensaba poner mi cuerpo en remojo y por Sagasta enjuto mi cuerpo permanece. Sucédeme, en suma, lo que á la nación; cuando el uno le baña, el otro le afeitá, y cuando éste le descañona, aquél le dá feroces jabonaduras con la brocha de pelo (único que tiene), de Navarro Reverter.

Pero ya distingo tu rostro, en el que al abrir de ojos de la sorpresa, has reemplazado el torcer el gesto del impaciente. Me explicaré y te explicaré cómo un designio providencial interrumpió el curso de mi viaje, deteniéndome en la ciudad de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y San Pablo Cruz; todos poetas místicos y el último subsecretario de la Presidencia. Sede Vacante, quiero decir, cuando vague el vizconde de Irueste. Va de cuento.

Sali de Madrid como salimos casi todos, en berlina, y atravesé el Guadarrama por unos túneles como los que abrió Elduayen, pero tuertos. Al cruzarlos admiré el talento portentoso de la estatua de Vigo, porque si á los citados túneles se les atranca un ojo, ciegos resultan; en cambio, á los abiertos por el marqués del Pazo de la Merced, si un ojo se les inutiliza el otro les queda. Presintiendo sin duda, dijo la Biblia: «Ojo por ojo» inscripción que figurará en el pedestal de la estatua de Vigo, entre varios altos relieves que representan acciones del Banco de España. Figúrate si serán altos.

Pues bien; llegué á Ávila y apenas el tren se detuvo, oí una voz—la voz que esperan los fusionistas hambrientos—que decía: ¡Ávila, 30 minutos de parada y fonda!

—Aquí estoy yo, Cánovas—Gedeón—dije apeándome—¿y la fonda dónde está? La fonda estaba enfrente. Bendije á la Providencia que ha puesto las fondas precisamente en las estaciones de ferrocarriles, y no más allá; y apenas entré en la de Ávila, exclamé á grandes voces: ¡Mozo, la comida!—¿Es usted D. Calixto Ballesteros?—me preguntaron. No señor, respondí; Cánovas soy. Como llevaba una flor en el ojal, pensaron sin duda que la había ganado en algún certamen poético. Sentéme y comí; y ahora comienza lo providencial. Oyeme atento:

En mi familia ha habido un fraile; el español que no pueda decir otro tanto que alce el dedo; y á consecuencia de ese fraile, todos los de mi familia padecemos una enfermedad hereditaria; la de dormirnos despues de comer. Yo, *entre la pera y el queso*, empecé á dar cabezadas de tal modo y manera, que parecía un senador. Y en este país, donde según las personas graves nada se respeta, respetaron mi sueño. Ello ocurrió que cuando me desperté ya el tren debía de acercarse á Medina, á no haber descarrilado, y al preguntar yo restregándome los ojos ¿dónde estoy?

—En Ávila, me dijeron. Palpé mi cuerpo y medité: «Yo venía Cánovas y resultado Sagasta. ¡Lo que puede el ferrocarril!» Pero al enterarme de que el tren había partido, empecé á gritar: ¡Auxilio! y cuantas personas se reunieron en mi derredor: «está loco ó es Sagasta que ha bajado á la estación.» Con esto me convencí más de que, siendo Cánovas al salir de Madrid, me había convertido en Sagasta al llegar á Ávila, ó sea, que á mi pobre individuo le había acometido en un túnel el pacto del Pardo, enfermedad que le valió á Romero Robledo el Círculo reformista y que Cánovas le preguntara por los acéitunos de su país.

¿Y qué hago yo? me interrogué, rascándome instintivamente la barba. ¿Visitar á mi homónimo? Mas ¿para qué, si Puigecerver, Sánchez Prieto, Aguilera, Moret y Bicome le han visitado ya? Pero de pronto me di una palmada en la frente y salí camino de Ávila. La Providencia me había dicho: ¡anda! Obedecí.

Llegué á casa de Sagasta; llamé, abrieron y entré. Guiáronme á su despacho. Oía á pasteles; ¡qué riquísimo olor! D. Práxedes salió en zapatillas, ó sea como gobierna, y le agradecí en extremo la fineza.

—Sr. Sagasta, le dije: Yo, Gedeón, emprendí mi viaje á Santa Agueda para bañarme en nombre del Sr. Cánovas, el cual este año, por desgracia, no lo podrá personalmente hacer, pero la Providencia me ha detenido en Ávila para que celebre una *interview* con usted.

—Ya lo ha hecho Bicome, me interrumpió.

—No importa, argüí; Bicome, á pesar de su talento, olvidó en la conferencia el asunto más importante de la época actual, aquél que más preocupa su espíritu de usted, el que le ha obligado á retirarse á estas solitudes de Ávila y es causa de sus más hondas y frecuentes meditaciones.

D. Práxedes puso una cara impenetrable, como si Elduayen le fuese á abrir un túnel en ella, y esperó.

—Sí, continúe; no es el problema á que me refiero el de la sanguinaria y costosa guerra de Cuba, no. Tampoco el del crédito del país, gravemente comprometido por los planes financieros de Navarro Reverter. No le detiene á usted en la ciudad de Teresa de Jesús el disparatado proyecto de auxilios á los

ferrocarriles, pues nunca disparate alguno pudo detener á político español; ni es el miedo al Poder el que le hizo alejarse de la corte. Quédense tales vulgaridades para imaginaciones poco perspicaces; la cuestión magna, la que llena su espíritu, origina sus desvelos, ocupa sus vigiliás, desazona sus horas, abre sus libros (si los tiene), desarregla sus papeles y se asienta en las entretelas de su cerebro, es la cuestión importantísima, transcendental, única; es la cuestión, ¿lo diré? ¡Es la cuestión del teatro libre!

Sagasta permaneció un rato asombrado, y despues me dijo:

—¿Es usted brujo, Gedeón?

—Brujo, respondí modestamente, no, pero si usted hubiera visto *Cuadros disolventes*, sabría que tengo unas narices de perro pacho, y ni Campillo se me va.

—Pues bien, no he de negárselo,—me respondió franqueándose por completo.—Usted ha dicho muy bien; no fué la guerra de Cuba, ni el problema financiero, ni el disparate de los auxilios á los ferrocarriles, cuyas compañías presidio, ni el miedo al Poder, ni cuantos asuntos preocupan hoy hondamente á los espíritus vulgares, los que me hicieron buscar estas dulces soledades y amenos campos de Ávila, como testigos y confidentes de mis más intimas y reposadas meditaciones; para todo lo dicho hubiérame quedado en Madrid. Fue la cuestión del teatro libre la que me trajo y ella ocupa exclusivamente mi pensamiento; con ella discurro por los silenciosos campos, se enseñoorea de mis vigiliás, turba mis ócios y pliega las arrugas de mi frente. ¿Debe existir ó no debe existir un teatro libre? ¡Hé ahí el terrible problema!

—¿Y cuál es—le pregunté yo afanoso—su meditación más opinión de usted? D. Práxedes se reconcentró, se abstraizó, se *Mateizó*, y despues dijo:

—Le diré á usted: ¡Por mí, que exista! Apunté en la cartera tan docta y sabia opinión, dando gracias á la Providencia, que para recogerla me había detenido en Ávila.

Despues, no queriendo molestar más á D. Práxedes, me despedí de él dejándole entregado á sus profundas meditaciones, y regresé á la fonda de la estación de Ávila, desde la cual te escribo, esperando el primer tren que pueda conducirme camino de Santa Agueda.

Ya me parece que oigo un silbido. ¿Será que llega mi tren, ó estrenará Arniches?

Corro á preguntárselo al jefe de estación. Adiós, pues, Calinez de mi alma. Hasta la próxima, que fecharé en Santa Agueda, si la providencia no se interpone nuevamente en mi camino.

Yo, tan feliz ó más que el Emperador romano, puedo decir:

¡He perdido el tren, pero no he perdido el día!
¡Ya sé lo que piensa D. Práxedes del teatro libre; es decir: ¡ya sé que piensa que no piensa nada!
¡Maravillosa coincidencia! Lo mismo le sucede en todo lo demás.

Tuyo, G E D E Ó N.

IDILIO

reformado por su autor, D. Gaspar Núñez de Arce

I

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías de los pasados días!
¡Oh, tú, cartera dulce y amorosa!
¡Oh, dorado sillón, que con abiertas patas, en mi despiertas vagos anhelos, inquietud morbosa!

II

¡Volved, volved á mí, que al pobre abuelo de Ávila tomé el pelo, despreciando su Amós, que es un bendito!
Lucid al sol las juveniles galas,
y vuestras leves alas
refresquen, ¡ay! á Capdepón marchito.

III

Era á principios del ardiente Julio:
Canalejas y Tulio
Montero y el gachó de Becerrea,
rompiendo la enojosa disciplina,
darle contra una esquina
decidieron al *hombre de la aldea*.

IV

Becerra, con sus impetus de mozo,
se acariciaba el bozo;
Canalejas reía y bromeaba;
Mostrábase Montero azaz mohino;
yo brincaba sin tino,
¡y D. Germán, al vernos, se esponjaba!

V

¿Y, nadie más? ¡Ay, sí! Mi compañero D. Vicente Romero (que Girón á más de esto se apellida), el que fué la delicia de la *infancia*, y aún lleva su fragancia entre otros mil recuerdos escondida.

VI

Todos con corazón sencillo y puro en un rincón oscuro de las Vistillas, viéronse conmigo; eran nuestras nocturnas reuniones que encuentran los melones por el otoño, *paternal abrigo*.

VII

No alteró nuestra unión sombra ninguna, ni hubo giesca importuna, pues acillarlas supé con mi canto.
Juntos como los pájaros crecimos
y al Senado nos fuimos á dar á D. Mateo horrible espanto.

VIII

Mas, ¡ay! que con nosotros no fué Labra; con su fácil palabra hubiese á nuestra empresa puesto el hombro. Así pasé yo apuros tan acerbos para *sacar los cuervos* y otras figuras cursis que no nombro.

IX

Desde el Norte hasta el *áuro Mediodía* la gente nos veía dejar á las empresas sin concierto. ¡Siempre andabamos juntos! ¡Oh, qué idilio! Pero, al hablar de *auxilio*, Canalejas... no estaba. Ahora lo advierto.

X

¡Cuántas veces, con sustos y congojas, del *Heraldo* las hojas Montero y yo volvímos con escama! ¡Cuántas, por asustarnos, Aguilera, á Arino ó á Antequera nos soltó, en lo mejor de la *soflama*!

XI

¡Cuántas veces, corriendo descuidados por lugares vedados, nos pescó Se; ¡ismundo en el camino, y, hablándonos con mucha y fina guasa, nos recondujo á casa en el *Globo* del conde, su vecino.

XII

El Tiempo nos cuidaba dulcemente, como cosa corriente, pues para él la *escisión* no es fruta rara. Pero, por fin, *siguiendo nuestro curso*, hizo falta un discurso en que yo nuestros planes declarara.

XIII

¡Conserva este recuerdo mientras vivas! Allí Linares Rivas tartagos mil pasó, sus tos y azares... que ante la voz terrible del poeta quedóse hecho un maleta; saqué los cuervos, y él sudaba á mares.

XIV

Asaz enterneci lo, *aunque severo*, veíase á Montero que ya *esperaba indócil á la puerta*. A Manólu, nervioso é impaciente, le *irradiaba* la frente, pues ya veía su esperanza cierta.

XV

En su expresión ruidosa, pero grata,
LA LOCA CABALGATA (qué armonía de verso), á vencer vino. —«De espanto se extremece Valdosera: mucho de lí se espera.—» gritó la turba, y prosiguió el *eamino*.

XVI

Silvela entonces, con abrazo estrecho, me atrajo hacia su pecho, perturbando mi mente trastornada. Y *Rancés objetábale entretanto*: —«Hombre, no es para tanto; ve que este es otra oveja descarriada.

XVII

¡Fue terrible y patético el momento! Yo, *hasta entonces, contento*, al sentirme abrazar, perdí la calma. Don Francisco, cual siempre, sonreía... pero yo comprendía que con él... ¡ay! cartera de mi alma...

XVIII

Pocas horas despues, de Amós vencido, tornaba al patrio mudo de Sagasta, del *hombre de la aldea*... ¡Oh, ventura! A los últimos reflejos del sol, vi ya á lo lejos de aquel tupé la sombra gigantéa.

XIX

De la estación doblaba la campana; la ancha franja de grana mostró Mateo de sus labios rojos; nos sentimos los dos en el ocaso... ¡ay! yo *detuve el paso* y el llanto del dolor cegó mis ojos.

XX

Le estreché desolado y convulsivo. —Yo ya, ¿para qué vivo? grité con *ansia inacabable y fiera*. Y Sagasta, jugando con mi pelo, —Calma—dijo—tu duelo, que al fin no has de quedarle sin cartera.

CUENTOS PROPIOS

La oportunidad

Érase que se era un señorón de pueblo, á quien verdaderamente podía repitársele por *de pendón y caldero*, puesto que de entrambas cosas tenía y usaba, y así cogía el asador ó la sartén para aderezar jigote, salsa ó pebre, como agarraba la pluma para

poner en salsa los guisos de menos sustancia y entidad ó para hacer jigote de la fantasía y de la paciencia de los leyentes. Llamábase ó hácíase llamar *el doctor Trufa*, que en lengua del siglo de Mari-Castaña quiere decir *Embusthe*, y componíase de modo, que sin tener pelo que verdaderamente fuese de literato y artista, era reputado por tal, como dice el Catecismo, hablando de San José (y no del maestro, cuya reputación no anda todavía en Catecismos), sin haber hecho otra cosa que adobar diversos libracos, ora acerca de sellos de lacre, ora sobre los diferentes sistemas conocidos y empleados para cazar moscas desde tiempo de Túbal acá, ya sobre todas las marcas que se conocen de lamparillas de cera, ya sobre la utilidad y filosofía de los anafres.

Compréndese bien que hombre de tan grandes y señalados servicios á toda república, y principalmente á la literaria, no debía ni podía, sin grave y manifiesta injusticia, dejar de ser premiado, antes que nada, con el respeto y la entusiasta aprobación del público y de la crítica, y después, con más positivos galardones, y en efecto, de uno y de otro gozó, pues el Gobierno tuvo á bien concederle el título que él más anhelaba, que era el de *Correvidile mayor honorario* de aquellos felicísimos reinos, que al ser felicísimos ya se alcanza á cualquiera que no eran los de España.

Bueno, pues á este empingorotado señor *Correvidile honorario*, picóle un día el malhadado afán, que á muchos aguija, de ejercer oficios de Mecenas, y para ello discursó una manera tan nueva como ingeniosa de Concurso, Certamen ó cosa tal, en el que se concedían premios á los poetas que cantasen los méritos, virtudes y excelencias de los correveidiles, cosarios, recadistas y correos de aquel país.

Por la misma época se instruía en la capital del reino un proceso ruidosísimo, del cual resultaban patentes una porción de ladronicos, engaños y truhanerías de todas clases, y complicados en el enjuague algunos (pocos, en verdad, pero buenos, puesto que la mayoría no estaba dañada) de los funcionarios cuyas virtudes se trataba de ensalzar en el Certamen.

Y Gedeón, que apreciaba y estimaba los verdaderos é indudables méritos de los más de aquellos serviciales, pero que se daba al demonio considerando las truhanerías que dichas van, no pudo menos de restregarse las manos con el mayor gusto, celebrando la oportunidad del doctor Trufa, Correvidile y Métome-en-todo mayor de aquellos reinos.

La Batracomiomaquia, ó enterarse á tiempo

Hallábanse una vez en lucha las ranas y los ratones. Indecisa estaba la pelea, porque si en bravura aventajaban las ranas á sus enemigos, en cambio éstos excedíanlas en astucia y sutileza, y no titubaban para acudir á toda suerte de recursos, por malos y pérdidas que fuesen.

Hubieron, pues, menester las ranas importantes refuerzos terrestres y marítimos, y una rana gorda, á quien por lo duro de su canto llamaban las otras *Az-ca-rra-rrá*, dispuso una lva, pero no bien la había anunciado, cuando con gran sorpresa vió venir trabado y espeso tropel de ranas que voluntaria y generosamente se ofrecían á combatir, á las cuales conducían diversos sapos pintorescamente vestidos. Con los brazos abiertos recibió la rana gorda á los nuevos combatientes y sin más averiguaciones los mandó á filas. Pero no bien se metieron en éstas, observaron las ranas que aquellos neófitos ni cantaban como ellas, ni sabían saltar á tiempo, ni, en resolución, servían para maldita de Dios la cosa. Despojáronles, pues, de los arcos y equipos militares á varios de ellos, y llevándoselos así, en cueros, á la rana gorda, convenciéndose ésta de que le habían dado gato por liebre, esto es que los reclutas y sus conductores no eran ranas, sino sapos viejos, panzudos, manco éste, aquél cojo y todos inservibles. Y aquella rana obesa tuvo que retirarse á lo más intrincado de unas juncias á llorar su imprevisión.

Pues todavía fué más gordo otro chasco que en aquel mismo tiempo y lugar acaeció. Y fué que, necesitando las ranas *pasar el charco* para combatir á los ratones, y siendo este charco asaz más hondo y más ancho de lo que alcanza la ranisca natación, comisionaron á otra rana muy seria, muy triste y muy tiesa, para que comprase dos cáscaras de nuez donde pudiesen realizar el viaje. Ni corta ni perezosa, la rana triste vió á un topo que, después de haberse comido la nuez, llevaba en ambas cáscaras á cuestas para algún menester suyo, y dirigiéndose á él, en dos triquitraques, ajustaron las cáscaras, y ya habían echado el alboroque... cuando apareció un barbo de argentina escamas, que al charco solía acudir, y coleteando hábilmente, que es el modo de argumentar entre los barbos, demostró á la rana y al topo (entre los cuales era fácil decidir quién era topo y quién era rana), que las cáscaras eran de él, del barbo, y que, por tanto, se las llevaba él, y lo pasado pasado, y perdido el alboroque, el tiempo y las pláticas.

Y la rana seria, tiesa y triste, hubo de retirarse al mismo intrincado rincón que la rana gorda, el cual, desde entonces, fué llamado el rincón de las imprevisiónes, y con el tiempo se vió tan concurrido, que fué necesario agrandararlo y formar con él una nación enterita.

Esto es lo que sucede siempre que á las ranas les

da por meterse en liza y encargar de sus aprestos á otras ranas tan ranas como ellas propias.

DE OJEO

Pues señor, asgo *La Epoca* con objeto de combatir el insomnio, y lo primero que encuentro es una crónica veraniega, firmada por el Sr. Peña y Goñi en la bella *Easo*.

Movido por el interés que me inspira cuanto le ocurre al crítico *easonense*, y sabiendo con antelación (como lo sabe todo el general Azcárraga, según *La Correspondencia*), que dicho señor no ha de hablarme sino de su persona y de los comentarios que acerca de su persona se hacen en todo el mundo civilizado, me dispongo á regalarle con la lectura de aquella *prosa en roman paladino*, sin duda, porque nada más paladino ni más natural y corriente que emplear el verbo *asir* en primera persona... y en la primera línea.

Después de escribir eso, nada tiene de extraño que se descuide el autor, diciendo que busca á Paulina «en vano para ofrecer á las fieras del circo *easonense agapas dignas de su insaciable furor.*»

Ya es cosa delicada el que un autor califique á sus paisanos de fieras de circo, pero de esto nada nos importa, porque allá se las hayan uno y otras.

Ahora, los *sansebastianos* se las compongan con él.

Lo gracioso es la mala pasada que le ha jugado al Sr. Peña y Goñi la asociación de ideas. Él se acordó del circo, de las fieras y de los cristianos primitivos, y con tales elementos construyó esa especie de *vol-au-vent á la financiere* retórico-arqueológico.

¿Cómo va á creer Gedeón al Sr. Peña y Goñi, ignorante de que no eran las fieras del circo, sino los primeros cristianos; los que celebraban en las Catacumbas ó en otros lugares unos convites fraternales que llamaban *agapas*? ¿Cómo ha de juzgar Gedeón (que sabe su poquito de griego, ni más ni menos que D. Hermógenes) al Sr. Peña y Goñi, ignorante de que no se escribe *agapa*, sino *agape*, el cual es vocablo griego, que significa amor, afición ó cariño, como el verbo *agapao* significa *amar, querer*?

Pero estos descuidos los explica el mismo autor al punto declarando que en cuanto pisa el suelo natal, «ora por fas, ora por nefas, no acierta á conservar el equilibrio.» «Más claro—añade—que no sé á qué Santo encomendarme para no meter inconscientemente cierta extremidad tan inferior como ferrada, y perdonen ustedes el *eufemismo.*»

Ya lo saben ustedes, pues: el Sr. Peña y Goñi declara que ha perdido el equilibrio y que tiene una extremidad *tan inferior como ferrada*, y todavía llama *eufemismo* á semejante declaración; es decir, que aún podía decirlo en forma un poco menos *ática*.

Pues hombre, ya debía no haberse *contenido*. ¿Para qué? De cualquier modo, el secreto había de quedarse entre los *cuatro amigos* que leemos *La Epoca*, periódico del cual estamos muy quejosos, porque parece que se ha propuesto tener todavía menos lectores que Gedeón.

En un artículo de índole *rematística* publicado en el *Heraldo*, se dice no recordamos qué de un *supuesto hipotético*.

¡Anda, cómo remachan el clavo estos economistas!

Todos los *supuestos*, ¡oh, amable y profundo Bastiat! son *hipotéticos* y no pueden serlo de otra manera.

Casi todos estos escritores de economía política, son igualmente *económicos* de lógica y de conocimiento de la lengua.

Ellos no serán *Smiths*, pero escriben como unos *Adanes*.

g armas al hombro

En la Habana ha sido detenido el vapor *Mascotte*, del que se sospechaba que conducía correspondencia para los insurrectos, y aun algo más que correspondencia.

Vamos, como la verdadera *Mascotte* conducía huevos frescos y buenos consejos.

De todo necesitarán los rebeldes.

Nuestros generales no la han menester, pero tampoco les vendría mal una *mascotte* verdadera.

A ver si les daba un poquillo más de *suerte*.

Un periódico francés, *Le Soir*, dice que España debe aprovechar la excelente actitud de Cleveland para entablar negociaciones con los insurrectos.

Eso es. Y ya que de negociaciones se trata, lo mismo podía aconsejarse á los franceses, en vista de la excelente actitud del emperador Guillermo.

Que entablasen otras negociaciones como las que tan buen resultado les dieron, y cediesen á Alemania otro par de provincias.

Por aquí no gastamos *Favres*, noble amigo.

Una tromba ha descargado sobre Viena (capital

de Austria), ocasionando daños de muchísima consideración.

¡Vean ustedes lo que son las cosas! En cambio sobre Viena de Madrid descarga casi todas las noches el maestro Ferreras, soltando más *moros* que la tromba ó trombón de Austria, y ni siquiera se extremece Carbonel, que vive al lado.

Y es que, digan lo que quieran los termómetros, aquí lo resistimos todo.

Todo: lo mismo los *balances* de Ferreras que los del Banco de España.

El Sr. Nocedal *s' en va-t-en guerre*, según ha declarado mientras se remondaba la garganta para soltar su discurso en Azpeitia.

El hombre está completamente decidido á *terminar la guerra por la guerra*.

No dice si se marelará con él todo su partido. Porque con eso y con los reclutas octogenarios, ya ¿para qué necesitamos sortear más gente?

Por otra parte, ha declarado que él aceptaría de buen grado la alianza con los franceses.

Ya tienen, pues, los amigos de la alianza, un voto más, y de calidad.

El del Sr. Nocedal, que no ha podido estar aliado jamás con nadie.

El Imparcial llama con razón al Sr. Moret el *Mercurio de todos los Olimpos*.

Pues que no se descuide D. Segis, y no le enseñe á Reverter... la columna.

Porque D. Juan Navarro no se anda en chiquitas y *lo empeña*.

Como que, según dicen, tiene en estudio ceder á la casa Rothschild á Xenofonte Gallego, en clase de *azogado*.

Por fin ha explicado su plan de reformas D. Alberto Aguilera.

Proyecto grande, como suyo.

La primera parte de él, se refiere á reformas municipales, con las cuales basta, en nuestra opinión.

Antes que nada, se debe, según Aguilera, traer aguas del Jarama.

Eso es; aguas. Porque los *peces* ya los tenemos.

«Además debe crearse un *colector.*» Pues ¿qué? ¿No basta con el ministro de Hacienda? ¿O cree D. Alberto que la colecta de éste es insuficiente?

La conclusión de la Casa de la Villa es igualmente necesaria.

Estamos conformes. Mientras no se concluya con aquella casa, es inútil toda reforma.

«El ensanche del Retiro es de mucho interés.»

Vamos, D. Alberto quiere que el Parque de Madrid quede á su medida, la cual es más grande que la del *vigente* conde de Peña-Ramiro.

También quiere que se establezca el alumbrado en el Retiro.

Eso ya está en estudio.

Para eso han colocado junto al Parque de Madrid el nuevo Ministerio de Fomento.

En cuanto se termine el edificio, se colocará un sillón en la cúpula, y en aquel sitio elevadísimo se arrellanará D. Aureliano, que al dirigir sus ojos hacia el Parque, según costumbre, dejará éste completamente alumbrado.

No piense D. Alberto que el Sr. Linares no *se sabe su Utile dulci*, lo mismo que Blasco.

La obra *Cuadros disolventes* llegó anoche á su representación número 100.

Naturalmente, no faltó el maestro Campillo.

Telegrama de Alora: «Los toros cumplieron. El espada *Saborcte*, pal.»

¡Demonio! A ese espada le ha sacado á relucir Doña Emilia en más de una ocasión.

Y ya lo ve la *iximia* polígrafa: eso del *saborete* no resulta bien ni siquiera en Alora.

Parece que el proceso por las estafas de Correos va dando bastante *desy*.

Ayer dió mucho, pero hoy *da-más*... Dámaso González.

Ya han salido á relucir, como en todos los procesos conocidos, su poquito de *juerga*, chulos y jóvenes *agraciadas* y *entretendidas*.

Bien dicen los franceses, que en España no se hace nada serio.

Vean ustedes qué lástima. Esto, que parecía una serie de estafas reglamentadas, correctas, formales, resulta un semillero de *juergas*, y nada más.

¡*Gredin de pays!*

Preparativos para la verbena, según *El Liberal*:

«Por ser la Virgen de la Paloma vamos á armar un baile-*le-bis*»

llamándole *El Ciprés*.

¿Piensan ustedes que es una broma?

Pues, no señores, que hayle-*le-bis*»

¡Ya lo verán *ustés!*»

El agente diplomático de España en la república Argentina, firmante del famoso telegrama diciendo que no hay tales cruceros, se llama el Sr. Tobias.

Lo dicho: que aquí no se va á poder vivir.

Nos salen *hebreos* hasta en Buenos Aires.

Imprenta de J. Corrales, calle del Tesoro, núm. 40

La veda terminará pronto en todos los montes y dehesas, excluyendo el Congreso y la dehesa de *Amaniel*, en donde nunca han estado vedadas la caza ni la pesca. Por esto Gedeón ha procurado indagar qué especies terrestres y acuáticas gozaban las preferencias venatorias y piscatorias de nuestros *conspicuos* y cuáles eran los procedimientos empleados por unos y otros. De sus averiguaciones ha resultado la siguiente lista:

- Cánovas caza con hurón.
- Lastres caza á la espera y no pesca nada.
- Chapi caza con su *renombrado* fusil.
- D. Práxedis pesca a la línea del Norte.
- El doctor Garrido pesca con reclamo.
- Tejada Valdosera casi todos los días coge una liebre.
- Linares Rivas se dedica a acechar chochas.
- Doña Emilia á la caza de garduñas al vuelo.
- Pidal pesca el sal-Mon.
- Valbuena los besucos ultramarinos.
- Castellano quiere, pero no puede, pescar el barbo de Utebo, porque es más grande que él.
- Balart pesca dolores reumáticos.
- Manolito Paso las pesca allá por Mallorca.
- Maura y G. mazo cazan *en mano* por entre los trigos.
- D. Carlos de Borbón no sabe lo que se pesca.
- D. Jaime quiere hacer de cazador furtivo, pero ya verá si le coge el guarda.
- El duque de Tetuán caza en coto cerrado, es decir, sin que se entere nadie.
- Franco Rodríguez va á ver si pesca algo.
- Al ministro de Marina ya le han pescado.
- D. Paco Silveira caza la raposa con lazo, para amaestrarla y meterla en el partido.
- Mencheta se ocupa en la caza del *canard*.
- Nieto en la de la gallina ciega.
- Aguilera se dedica á la caza mayor.
- Eduardo de Palacio al jabalí (cajeza de).
- Los salineros van á pescar en aguas estancadas.
- D. Segis intenta pescar ó abrir las ostras á fuerza de elocuencia, pero ellas siguen *erre que erre*.
- Weyler parece que se propone pescar truchas á bragas enjutas.
- Martínez Campos suele irse de caza... y del seguro.
- Vital Aza se ocupa exclusivamente en cobrar piezas.
- Navarro Reverter se dedica á la caza de gangas.
- Tamames á la de tórtolas.
- Felú y Codina prefieren cazar en el plato.
- Asmodeo ya no caza, porque ha perdido la puntería.
- El amigo Campillo sigue ocupado en tirar á las palomas.
- Canalejas á los trigueros.
- Barrio y Mier pesca, siempre que puede, cangrejos.
- El tío Sam pesca á río Cauto revuelto.
- Jackson Veyan desea volver á *La caza del oso*, pero eso es como buscar una aguja en Pajares.
- D. Martín Esteban caza con perros, con muchos perros.
- Lacierva no se deja cazar con facilidad.
- D. Luis Vidart caza *pinzones*.
- Peña-Gamiro *zoggos*... y plumeros.
- Montero Rios pesca con manga muy ancha.
- Bosch y Fustegueras... ¡cazaban!
- Mari Guerrero ya pescó.
- D. Ramón de Campoamor, viejo y todo, las coge al vuelo.
- Y Gedeón se dedica modestamente á la caza de gazapos.



El país se encuentra ya al final de la pasión, y el *inri* quiere ponerle este judío barón.

NAVARRO REVERTER

- Principal rasgo de mi carácter.*—El ser algún tanto quebradizo.
- Cualidad que prefiero en el hombre.*—Que se pueda abrir la raya.
- Cualidad que prefiero en la mujer.*—La sal, para estancarla.
- Mi principal defecto.*—Por más que digan, yo creo que la calvicie.
- Mi cualidad favorita.*—Mi favorita no es la cualidad, sino la cantidad.
- Mi ocupación preferida.*—Hacer presupuestos y deshacer Exposiciones.
- Mi sueño dorado.*—¡Si tuviese dorados los sueños!...
- Cuál sería mi mayor desgracia.*—Que Castellano se saliese con la suya y yo no.
- Lo que quisiera ser.*—Peludo.
- País donde quisiera vivir.*—En el planeta Mercurio.
- Color que prefiero.*—El amarillo; no por nada, sino por ser el de los contribuyentes sufridos.
- Flor que prefiero.*—El magnolio.
- Animal que prefiero.*—El recaudador.
- Pájaro que prefiero.*—El cuco.
- Mis autores favoritos en prosa.*—Dupuy de Lome, cuando era prosista y me bombeaba.
- Mis poetas favoritos.*—Necker, digo, Bécquer y Don Senén Canido.
- Mis pintores favoritos.*—Los miniaturistas que se dedican á las floridas nimiedades.
- Mis compositores favoritos.*—Los que componen Bancos.
- Mis héroes favoritos en la ficción.*—Pluto, Midas y otros héroes del paganismo, y *Los cazadores de cabelleras*, de Mayne Reid.
- Mi heroína favorita en la ficción.*—*La joven de los ojos de oro*, de Va-al-sac.
- Mis héroes favoritos en la vida real.*—El duque de Tetuán (el de ahora), Roth-child y Vanderbilt.
- ¿Mi heroína favorita en la vida real.*—Juana de Arco, que venció á los ingleses.
- Comida y bebida que prefiero.*—Las de los banquetes de apertura y clausura de Exposiciones.
- Mis nombres favoritos.*—Nataníel, Ibrahim, Sylock.
- Lo que detesto más.*—A D. Germán Gamazo.
- Caracteres históricos que desprecio.*—Los caracteres de una sola pieza.
- Hechos militares que más admiro.*—La toma de Granada, la toma de Tetuán y todas las demás tomas.
- Reforma que creo más necesaria.*—Azogarle los lentes á Castellano... pa que vea.
- Don de la naturaleza que quisiera tener.*—El don que es poderoso caballero.
- Cómo quisiera morir.*—De ministro de Hacienda y sobreviviendo á Gamazo.
- Estado presente de mi espíritu.*—¡En crisis!
- Faltas que me inspiran más indulgencia.*—Las que cometen los oradores cursis para... efecto.
- Mi divisa.*—¡Déficit!

LOS SUCESOS DEL DÍA



«Por el procedimiento *del italiano* le birlaron ayer cuarenta millones de pesetas en la puerta del Ministerio de Marina á un isidro recién llegado de su pueblo. Los cruceros no *han sido* habidos.»